

Todo se c

Todas las ciudades del país comienzan a parecerse cada vez más entre ellas. Viviendas de cemento que se quedan a la mitad, exhibiendo los fierros de construcción para los pisos superiores (algunas veces envueltos en plástico para evitar que se oxiden). Fachadas sin pintar y muchas no tarrajeadas. Calles con retazos de asfalto, de preferencia sin árboles porque así es en Miami; o a lo más, con unas palmeritas que fueron plantadas por ahí por el alcalde —en una berma central, quizá— pero nunca más nadie se ocupó de regar. Tantas cosas que tienen en la cabeza las autoridades ediles.

Las áreas centrales, las plazas y espacios comerciales suelen verse homogéneos en el batiburrillo de estilos arquitectónicos que forman el paisaje urbano de la llamada "cultura chicha". Como se ha convertido en algo políticamente incorrecto levantar el buen gusto contra el mal gusto de la miseria, habrá que decir que las obras de ornato que suelen construir los alcaldes de distritos pobres y populosos empiezan a cuajar como la evidencia de una modernización —por fin, ¡ay!— mestiza y consolidada en su identidad. Glorietas posmodernas cerradas con cadena y candado Forte, piletas forradas en mayólica turquesa como bidés que simbolizan el ansia de pulcritud cultural de los nuevos sectores emergentes. Monumentos picassianos (por deformes) a la madre, al maestro, al médico y a los recursos

naturales (siempre se ven mejor resignificados en material noble que tal como vinieron al mundo). Héroe locales en traje incaico, en uniforme militar, en tenida de diario, se soportan sobre columnas que parecen hurtadas reivindicativamente de cualquier placuela vanguardista de Occidente. Elogiemos el aporte al crisol de nuestra nacionalidad (pero sin perder de vista —tampoco tampoco— que suele ser más rentable licitar cemento que licitar buganvillas). Los tradicionales edificios que servían como sede para las oficinas de los municipios dan paso a Palacios Municipales, grandes como grandes son los horizontes del gobierno local, y en su interior albergan auditorios que tuvieron que transformarse en depósito para guardar los materiales de construcción que se usarían (en caso de que el gobierno central soltara más rentas) en concluir la obra; y si el alcalde tiene visión de futuro, habrá destinado un piso completo de su obra palaciega a albergar turistas, que algún día vendrán aun cuando la plata no haya alcanzado para reparar la carretera.

Como parte de este prospecto de nación encontramos la coexistencia no aún del todo armoniosa (pero lo esperamos con mucha fe) entre el neón, la pancarta amarilla fosforescente anunciando a Bella Bella, los carteles de los pequeños y emprendedores negocios: curandera norteña, pirotecnia huanca, *strippers* a domicilio, baje de peso,

Comienza a parecer

Rafo León



salchipapas con todas sus cremas, pesas y mancuernas, se tipean tesis, peluquería unisex, se componen calzados, pollería/pub//chifa/remalladora de medias, películas de ambiente, play estheshion, abarrotes Chirle, Hostal Uno al Paso.

Todas las ciudades del Perú se parecen mucho entre ellas, pero si uno prende la televisión y empieza a mirar los noticieros internacionales donde transmiten los atentados y los accidentes que ocurren en las zonas urbanas pobres de cualquier otro lugar de la Tierra, descubrirá que todas las ciudades del Perú se parecen cada vez más entre ellas, y además se parecen cada vez más a las otras ciudades pobres del mundo: Kabul, Managua, Chechenia, Laos, Chichicastenango, Oruro, Tucu-

mán, Tantanarivo. Salvo quizá en lo específico de la oferta que se encuentra en las esquinas de los semáforos de las ciudades peruanas: difícil imaginar una ventaja competitiva mejor que un recuperado en el Centro Victoria, entregándonos una hortela, "colabórame tigre".

Pero ahora también las ciudades del Perú comienzan a sonar de manera similar entre ellas. Hasta hace unos años, por ejemplo, las ciudades del norte amanecían con pasillos y hacia el mediodía se llenaban de la música criolla que salía de los programas radiales familiares. La sierra, dependiendo del grado de desarrollo y del tamaño de la ciudad, se identificaba básicamente por el arpa huanca (en pueblos grandes o en

ciudades) o, en el caso de conjuntos urbanos más pequeños, por el huaino tradicional con voz humana. Las ciudades selváticas fueron pioneras, hacia los años sesenta, en eso de mezclar sonos y ritmos y hacerlos sentir por calles y plazas. Hoy la tecnocumbia, surgida de esa mezcla que se gestó en Iquitos, en Pucallpa, en Contamana, en Puerto Maldonado, suena en todo el país al punto que a veces ya resulta difícil saber dónde estamos, escuchando a Dilbert mientras observamos desde una mototaxi la hilera de puestos de mercado cubiertos por otro de los iconos de la identidad nacional actual (porque cambia con el tiempo, ojo): el rectángulo de plástico azul.

Toda la gente de todas las ciudades del país (que se ven y suenan ya de manera homogénea) comienza a parecerse entre ellas también, y a pasos agigantados. En particular los jóvenes. Fibras como el polar democratizan la moda (dicho sin ningún cinismo) entre los muchachos, y lo mismo puede decirse de los *jeans*, los zapatones de gamuza o las zapatillas Mike, las gorritas con visera, los polos de Control Machete (o si bajamos a menos D, en las categorías de las encuestadoras, los polos de Perú 2000). Las chicas también se parecen entre ellas mediante el recurso a la permanente, el cerquillo rizado, las peinetas tornasol y las zapatillitas cholo pink.

Rafo León es comunicador social.

... si uno prende la televisión y empieza a mirar los noticieros internacionales, descubrirá que todas las ciudades del Perú se parecen cada vez más entre ellas, y además se parecen cada vez más a las otras ciudades pobres del mundo.

Jóvenes que se parecen entre ellos pueblan un gran invento peruano que se multiplica a lo largo y ancho de ciudades casi idénticas entre ellas: son las cabinas públicas de Internet; espacios generalmente ganados a otros locales comerciales, en los que se despliegan, como los dientes impecables de una nueva prótesis dental, los hardwares que conectan a estos jóvenes estándar con el resto de la humanidad. No interesa si al acercarse sigilosamente por la espalda de uno de estos cibernautas se descubra el enfascamiento en el web site de madame Puticlub; total, la vida no es solo estudio, chateo ni hojas de cálculo; también es amor, como diría Calamaro.

Todas las morales de las ciudades peruanas empiezan a asemejarse entre ellas mucho más de lo que cualquiera pudiera imaginar. Su ideóloga podría ser Laura Bozzo, si es que no la ubicáramos en un Parnaso con otros demiurgos éticos, como Alberto Fujimori, Raúl Romero, don Vladi, Hermoza Ríos, Lúcar, Martín Rivas, tantos jueces, Beto Jara y para qué seguir con una lista que ya parece la bandeja *in* de cualquier Fiscalía.

Una moral nos une, y es la del pragmatismo alternativo a la vacua ideologización de los años setenta. Sí, es cierto, Laura Bozzo destaca sobre el resto porque solo ella ha tenido la virtud de descubrirnos a los setenteros cómo era la verdad de la milanese; a quienes nos creíamos el cuento

de la educación popular, la cultura de la pobreza y la bondad natural de los desheredados de la Tierra (pobre huevón Franz Fanon). Hoy ya sabemos, con la conciencia del valor superior que implica el conocimiento, que chupar un sobaco por cinco soles es una estrategia de supervivencia y que la mejor cultura de la pobreza consiste en sonreír lo más ampliamente posible como para mostrar que no se tiene dientes, porque con eso te pagan más por el recurso. La moral del tomo, de la ventanillera, del pasero, del congresista, del industrial, del lustrabotas, del banquero y del Presidente del Perú (incluyendo a sus antecesores). La de Magaly y la de Juan Luis Cipriani. Todo se puede hacer, todo se puede decir; siempre después habrá ocasión de presentarse como un antiejemple para el resto de los ciudadanos, o de pedir disculpas públicas, incidiendo en que no se volverá a repetir; o por último, acudiendo a la citación judicial correspondiente (si la hubiera). Total, qué ocasión mejor aparecerá para hacerse de un buen *márketing* personal (o como lo enseñan en las academias de *bisnes*: de "venderse bien").

Los grupos evangélicos son otra expresión de homogeneidad cultural, aunque a la Iglesia católica le hierva la sangre. Curan alcohólicos, dotan a su feligresía de una ética del trabajo, crean familias quedas y laboriosas que no protestan ni viven en la estridencia. Levantan

plata, mantienen impecables sus templos austeros y hasta, bien mirados, generan legiones de apóstoles silenciosos que solo se hacen sentir para pasar el mensaje del Creador. ¿Se puede pedir más? Sí: que al menos garanticen que en el futuro, cuando estos grupos religiosos estén mejor consolidados, se comprometan a castigar a sus ministros pedófilos. No es mucho pedir.

Dos datos adicionales y del todo positivos nos hablan tanto de una homogeneidad creciente cuanto de una consolidación del respeto a la ley. Ambos tienen que ver con la conducta del chofer urbano. El primero es el uso generalizado del cinturón de seguridad. Es increíble cómo una práctica que se ha promovido únicamente a través de la norma punitiva, ha pasado a formar parte de la costumbre, gracias a que comunica *status*. Lo cierto es que todo el mundo usa el tal cinturón de seguridad, no importa si el chofer es un asesino por naturaleza o solo por circunstancia. Pero es que se ve tan bien.

El segundo dato de civilización lo encontramos en la renuncia de los conductores a hablar por el celular cuando van manejando. Y aquí sí que ha ocurrido algo extraño, porque si algo daba *status* hace un tiempo, eso era precisamente llevar el teléfono pegado a la oreja mientras se conducía el auto. Pero de pronto, desapareció. ¿Campaña? La hay muy poca y, en todo caso, mucho más mensajes y señales hay sobre otras normas de comportamiento que se violan con mayor frecuencia y peores consecuencias. Dialéctica, que le decían. Una por otra. Pasos que se dan para delante porque se volverán a dar para atrás. Mientras tanto, todo en el Perú se sigue pareciendo cada vez más y más. ▲